

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Humanidad, conflicto y violencia [Humanity, conflict and violence]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Delgado Díaz, Carlos J.
Publisher	Universidad El Bosque
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-01 00:13:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/215319

HUMANIDAD, CONFLICTO Y VIOLENCIA

¿Subyacen bases epistemológicas tras la conflictualidad humana?

Carlos J. Delgado Díaz

Basta una referencia al término conflicto para que aparezcan asociados en nuestra mente las palabras guerra, mediación, consenso, tolerancia, disentimiento, violencia verbal y física. También el contraste de prácticas humanas salvajes, y esfuerzos liberadores; nombres de patriotas venerados por generaciones y una extensa lista de hombres célebres por sus crímenes. Junto a ellos, en el plano teórico, los nombres de científicos relevantes que hicieron aportes sustanciales a las ciencias sociales y naturales como Marx, Mills, von Newman, Freud, Breuer, Dahrendorf, Toffler, Huntington y Hayek. Algunos se evocan por su aporte a la teoría del conflicto en el sentido de contribuir a su rigor conceptual, otros por el empleo que realizaron de sus conceptos, y terceros, como Hayek, por su crítica.

De una parte está la comprensión psicológica del conflicto como “tensión que un individuo mantiene al estar sometido a dos o más fuerzas que se excluyen mutuamente”, y la expresión exacta de Freud quien caracterizó su aparición “cuando las respuestas de comportamiento, necesarias para satisfacer una motivación, no son compatibles con las requeridas para satisfacer otra”. Por esta vía se ha elaborado un aparato teórico de interés para enfrentar el conflicto a nivel personalógico y se han desarrollado instrumentos de análisis y acción para la conducción de la mediación y resolución de conflictos. Éstos últimos tienen en su centro la tipología psicológica individual de los estilos de conflicto

(competitivo o controlador, componedor, evasor, reconciliador, colaborador, manipulador) y la valoración de sus ventajas y desventajas en los procesos reales de negociación.

De otra parte se encuentra el desarrollo de la teoría sociológica, politológica y filosófica de los conflictos como constitutivos del desenvolvimiento histórico social del hombre, y también los conflictos reales y la violencia que ha estado presente en la historia pasada y reciente del hombre.

De los conflictos y la violencia real en los últimos tiempos se puede hablar con datos precisos:

La estadística mundial sobre conflictos armados, según el Instituto de Ciencia Política de Hamburgo muestra una interesante correlación en los datos de posguerra. Entre 1950 y 1998 se habían producido 1253 guerras, a las que se añadieron 66 entre fines de 1998 y el 2000 para un total de 1319. Sólo en los últimos ocho años (1993-2000) se habían producido 413 guerras y conflictos armados. Se estima que en estos últimos han muerto más de 7 millones de personas.

Por estos días circula en Internet una bella foto de la Tierra de noche donde puede observarse la iluminación nocturna de los grandes centros de poder mundial y el resto oscuro de la humanidad. Precisamente ha sido en esa parte oscura de la Tierra donde se han desarrollado la mayoría de los conflictos armados y guerras desde el fin de la II Guerra Mundial. El campo de batalla de más del 90% de las guerras que han tenido lugar en el planeta desde 1945 ha sido el Tercer Mundo.

Por otra parte, aunque el poderío nuclear ha disminuido, alcanza todavía un poder explosivo de 5000 megatonnes, y alrededor de 4 600 cabezas nucleares Norteamericanas y Rusas se encuentran en estado de alerta, lo que implica un alto riesgo de que se produzca una guerra nuclear accidental. Aunque desde mayo de 1998 no se han realizado pruebas, el nuevo Tratado sobre las pruebas

nucleares no ha sido ratificado por los 41 estados mínimos necesarios para que entre en vigor, y significativamente en octubre de 1999 el Senado de los Estados Unidos rechazó su ratificación.

Los Estados Unidos han realizado 8 ensayos subcríticos entre 1997 y el año 2000 y tiene planificados 14 más. En estos momentos, además, el Gobierno de ese país ha emprendido pasos definitivos para desarrollar un sistema de defensa contra misiles balísticos lo que se considera violatorio del tratado ABM (Anti-Ballistic Missile Treaty) firmado por los EUA y la URSS en 1972.

China y Rusia han advertido que de romperse el equilibrio pueden quedar sin fuerza legal otros tratados y han hablado de incrementar su arsenal nuclear en respuesta a los Estados Unidos.

Si se produce un desplazamiento de la balanza, reaccionarían India y Pakistán, y el panorama de posible reducción y desaparición de las armas nucleares emergente del acuerdo firmado por las cinco potencias nucleares en mayo del 2000 perdería la poca fuerza legal que aún le queda.

Según el sociólogo norteamericano Robert King Merton, los estados que se preparan para la guerra pueden ser un buen ejemplo de las expectativas que se cumplen. La preparación de la guerra puede conducir a ella como hecho inevitable.

¿Se trata de un reordenamiento de arsenales o estamos ante un fenómeno de mayor trascendencia?

A las cifras anteriores habría que añadir los conflictos sociales generados por el deterioro ambiental y la pobreza, que como el de Chiapas, no son ni remotamente excepcionales. El vínculo entre la violencia, las desigualdades sociales y los derechos del hombre no se limita a la anulación de éstos en las situaciones de conflicto. Indiscutiblemente, los conflictos y la violencia conducen a la vulneración de los derechos más elementales de los ciudadanos, y en primer lugar el derecho a la vida. Pero esta no es la única relación.

La teoría política y la historiografía han fundamentado desde los arbores de la historia humana el derecho político del hombre a la violencia como medio para dirimir y solucionar las contradicciones sociales y políticas. Aunque corresponde a Clausewitz la definición clásica de la guerra como “continuación de la política por otros medios”, esta tesis clásica continúa siendo un paradigma del pensamiento político contemporáneo.

El análisis de las relaciones de violencia y conflicto exige una mayor atención a los contenidos teóricos involucrados. ¿Qué lugar real tiene el conflicto en la vida social del hombre? ¿Qué resultados puede aportar el conocimiento elaborado por las ciencias sociales hasta el presente? ¿Basta con el aporte de las ciencias que estudian los conflictos de modo sustantivo para elaborar una comprensión efectiva de estos? A nuestro juicio, —orientados desde una perspectiva filosófica—, el conflicto debe pensarse también en términos epistemológicos formales.

Todas las teorías del conflicto de un modo u otro son herederas del pensamiento de Marx, en tanto este caracterizó el desarrollo de la sociedad humana a partir de la lucha de clases como elemento clave del desarrollo histórico del hombre. Aunque como conocemos Marx no descubrió la lucha de clases, sino que tomo este concepto de la historiografía, señaló el lugar que a esta correspondía para el desenvolvimiento de la sociedad humana hacia nuevas etapas, y vio en el conflicto de clases un elemento esencial que conduciría a una sociedad nueva.

La influencia de las ideas sobre la conflictualidad intrínseca de lo social ha sido tan profunda, que incluso la primera teoría matemática que en el siglo XX se aplicó a la sociedad en su conjunto, æla teoría de los juegos de estrategiasæ, partió precisamente de considerar las situaciones sociales como situaciones de conflicto, donde la oposición, competencia y colaboración entre las partes eran variables fundamentales.

En el terreno de la sociología del siglo XX fue la teoría funcionalista el oponente principal a la consideración conflictual de lo social, oponiendo a ella la estabilidad y el consenso.

Los sesenta con su ola de conflictos raciales y luchas emancipadoras de diversos sectores en todo el mundo trajeron consigo un cuestionamiento profundo de las ideas funcionalistas, y la teoría del conflicto incorporó a partir de entonces análisis concernientes no sólo a lo macrosocial, sino también a lo microsociales, al terreno del individuo y la multiplicidad de relaciones conflictuales que tienen lugar entre los grupos y las personas, las relaciones de tensión, las técnicas para controlar las relaciones de conflicto y los modos de control social desde el poder. El conflicto pasó a ser considerado una constante sociológica presente en todas las sociedades y grupos humanos.

Entre las ideas básicas de la teoría del conflicto se encuentran la oposición a la idea funcionalista de que la sociedad está regida por el consenso social, por el contrario se afirma que en ella los grupos dominantes coaccionan y presionan al resto e imponen determinado orden, de modo que el mantenimiento del orden social es resultado de la amenaza, la fuerzas y diversos modos de dominación de unos por otros. Los que detentan el poder político y económico imponen el orden.

Las versiones de este planteo teórico pueden ser radicales como en el marxismo, que lleva la consideración del conflicto hasta el terreno de la economía y de la dominación social de clases, o menos radicales cuando se explica el orden social a partir de las relaciones de conflicto, legitimidad y deslegitimación entre grupos dominantes y subalternos retadores.

Para Ralf Dahrendorf el cambio social es siempre resultado de procesos conflictivos. Los conflictos son inevitables y necesarios para el desarrollo social. Lo que importa no es hacerlos desaparecer, sino encontrar las formas de darles una solución razonable y productiva. A partir de estos criterios nos habla de grupos de conflicto y la acción correspondiente de estos para modificar las estructuras sociales.

Se ha criticado la teoría del conflicto desde el liberalismo. Para algunos autores como Hayek, la teoría del conflicto es equivocada y perniciosa. La crítica tiene el siguiente sentido: la teoría del conflicto parte de la clase social y su interés supuesto, y no del individuo o persona. Como resultado, el individuo concreto es sacrificado en aras del triunfo clasista.

Aún cuando está claro el contenido y la intencionalidad de esta crítica de claro signo liberal, no deja de ser notable el hecho de que numerosas experiencias de sociedades transicionales han sacrificado el individuo en aras de la sociedad, y han vivenciado conflictos tan fuertes y diversos, como cualquier otra sociedad.

Si la oposición absoluta entre el conflicto y el consenso presente en el funcionalismo es errónea, también lo es la oposición absoluta entre el conflicto como propio de lo social en oposición a lo individual. La presencia simultánea y múltiple de lo conflictual a estos niveles es un atributo de interés, que nos permite pensar el conflicto desde los conceptos de orden y desorden. Aquí un acercamiento a la teoría de la complejidad resulta necesario.

Veámoslo en tres ejemplos:

La ley, el conflicto de civilizaciones en la versión de Huntington, y las guerras del futuro, según Toffler.

La imposibilidad de oponer conflicto y consenso resulta muy clara si analizamos qué significado social tiene la ley.

Aparentemente, la formulación de leyes parece confirmar los postulados funcionalistas del predominio del consenso sobre el conflicto: la ley se elabora de acuerdo a intereses y se acomoda a ellos, se negocia y aprueba; los actos que se considera amenazan la supervivencia son catalogados como delitos y la mayoría que comparte estos criterios los impone como resultado de este consenso; la ley codifica los valores sociales y se convierte en mecanismo de control para resolver disputas; las leyes protegen el bien común, y reconcilian y armonizan los intereses con el menor grado de sacrificio.

Pero la ley puede explicarse también desde el conflicto: la ley penal expresa los valores de la clase dominante y la justicia sirve para controlar a las clases menos favorecidas; más que el consenso, son la lucha por el poder y el conflicto quienes imponen la necesidad del establecimiento de leyes, y es mediante la lucha de poder que los grupos de intereses manejan el proceso de elaboración de las leyes así como su aplicación. De esto se deriva que la criminología debería estudiar por igual la transgresión y los conflictos sociales y la desigualdad.

Difícilmente pueda afirmarse a secas que los conflictos se resuelven por consenso, o que lo hacen por imposición de la voluntad del grupo dominante. El juego de fuerzas sociales es más complicado y reclama una visión más elaborada del asunto.

Por su parte, Huntington planteó, en su conocido libro “El choque de civilizaciones y la reconfiguración de la política mundial” (1996), que después de la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS hemos entrado en una multipolaridad política donde las civilizaciones constituyen el centro conflictual. De la multipolaridad aludida queda muy poco a excepción de la palabra, pero la interacción, competencia, convivencia y acomodo de las civilizaciones en la era de la globalización unipolar es un fenómeno de interés particular.

Con independencia de las ambigüedades en la clasificación de las civilizaciones (Huntington nos habla de siete la sínica, la islámica, la hindú, la occidental, la japonesa, la latinoamericana, la africana, y después de la ortodoxa, sin que quede claro que relación guardan entre sí la ortodoxa, la occidental y la latinoamericana), este autor distingue lo occidental por los siguientes rasgos culturales: separación de la autoridad temporal y espiritual, individualismo, pluralismo social, derechos humanos, imperio de la ley y la democracia.

Esta civilización está æsegún Huntingtonæ, en decadencia y ello impulsa al resto de las civilizaciones a rechazar el modelo y buscar formas propias de modernización.

Al particularizar las situaciones de conflicto en el rango de toda la sociedad, Huntington afirma que la articulación de estructuras políticas diversas en las civilizaciones es el eje conflictual de base. Dichas estructuras incluyen lo siguiente:

1. Los Estados miembros de cada civilización.
2. El Estado o los Estados centrales de las diversas civilizaciones que sirven de base para la aglutinación y las alianzas.
3. Los países aislados que no pertenecen a ninguna civilización (Etiopía o Haití).
4. Los países escindidos donde están presentes grandes grupos pertenecientes a varias civilizaciones (India, Sri Lanka, Malasia,...).
5. Los países desgarrados que se encuentran en una civilización pero pretenden ser desplazados por sus líderes hacia otra civilización distinta (Turquía, Rusia, México).

La concepción de esta estructura política le conduce a clasificar y prever conflictos típicos y probables que clasifica como:

1. Conflictos de transición (guerra del Golfo) que marcan fenómenos de transición entre la era bipolar de la guerra fría y la nueva era dominada por el conflicto étnico y las guerras de línea de fractura entre civilizaciones.
2. Las guerras de fractura entre civilizaciones (Yugoslavia, el Cáucaso).
3. La guerra de las civilizaciones (USA China).

A mi juicio el error principal de Huntington no está en el marcado carácter occidental de su enfoque del conflicto, ni en su exageración de las demarcaciones civilizatorias, sino en el desconocimiento de lo histórico como multiplicidad de procesos. A esto volveremos más adelante.

Veamos el tercer ejemplo.

Alvin Toffler es conocido por sus tres trabajos “El shock del futuro”(1970), “La tercera ola” (1980), “El cambio del poder” (1990), y por los más recientes

“Las guerras del futuro” (1993) y “La creación de una nueva civilización” (1995).

Las guerras del futuro presta atención al conflicto, el choque de las civilizaciones, las guerras que clasifica en autónomas, espaciales, de robots, convencional, inteligente, incruenta.

Relaciona el origen de los conflictos armados a las olas de civilizaciones y sus símbolos (la primera ola representada por las sociedad agrícola ganadera (la azada), la segunda concerniente a la sociedad de la revolución industrial (la cadena de montaje) y la tercera correspondiente a la sociedad del conocimiento y la información (el ordenador).

El conflicto pasa a ser entonces un conflicto de olas dinámicas que cuando chocan desencadenan fuertes corrientes transversales que hoy confluyen, como por ejemplo ocurrió en la guerra del golfo (Allí se produjo en choque entre dos olas: la segunda y la tercera).

En el fondo de todas las elaboraciones teóricas analizadas hay algunos elementos de generalización que debemos destacar. Con independencia de la sustancia y la intencionalidad política concreta, subyace una comprensión de las relaciones de orden y desorden en la sociedad y esto es sumamente relevante si consideramos las ideas contemporáneas que se formulan desde el paradigma de la complejidad.

Como este es un tema conocido entre nosotros, resumiré someramente a que me refiero bajo la rúbrica de complejidad.

- 1) Me refiero en primer término al cambio en la noción misma de complejidad. En sentido clásico, la medida de la complejidad está dada por el grado de dificultad para la comprensión, la complicación de los aparatos matemáticos (los sistemas de cálculo y ecuaciones) empleados, y se considera lo complejo como un atributo indeseable de la realidad, en gran medida producto de nuestra incapacidad para expresarla mejor. En todo caso, un atributo reducible, posible

de ser expresado y entendido mediante sistemas más o menos complicados de formulaciones más simples, sean estas verbales o la expresión matemática a través de un sistema de ecuaciones lineales. La nueva noción de lo complejo lo entiende como atributo irreductible de la naturaleza. Un atributo ordinario y cotidiano que no habíamos tomado en consideración antes.

Lo complejo de manifiesta sobre todo en que los sistemas de la naturaleza no sólo no son dados de antemano, sino que devienen en el transcurso mismo de la interacción. Las propiedades del mundo y sus objetos son emergentes. Esto es de suma importancia para nuestra consideración del universo social, donde la emergencia es un atributo característico permanente.

- 2) La naturaleza tiene un carácter sistémico, integrador, no reductible al campo de ninguna disciplina científica especial. El holismo tiene preeminencia sobre el reduccionismo. Para la distinción de lo social es pertinente tomar en consideración este aspecto metodológico, pues la consideración de la integralidad de lo social implica aceptar que los enfoques científicos separados y desligados uno de otro son incompetentes para juzgar y comprender la naturaleza de los fenómenos que se investigan.
- 3) Las relaciones de determinación se caracterizan por la emergencia del orden a partir del desorden, y la superposición del "caos" y el "anti caos". En el conocimiento del orden del mundo son tanto o más importantes los patrones que se configuran en el devenir de los sistemas, que las determinaciones rígidas. La predicción es posible, pero dentro de los marcos de indeterminación que el propio sistema porta al ser entidad no hecha, devenir.

El cambio que el pensamiento complejo está produciendo en nuestra idea del mundo y la ciencia, en nuestra noción de los ideales y normas del saber científico es sumamente profundo. Se devela una dialéctica distinta donde la comprensión de la solución de las contradicciones se aparta de los grandes modelos explicativos elaborados en la historia del pensamiento filosófico, desde la filosofía clásica alemana a nuestros días. La dialéctica de la interrelación predomina sobre la

dialéctica de la contradicción. Con relación a la cosmovisión en su conjunto, el cambio no puede ser más profundo: una nueva comprensión de la relación parte-todo; un nuevo planteo del problema de la correlación determinismo-indeterminismo, ahora como determinismo caótico, confluencia de las tendencias al orden y al desorden implícitas en los sistemas, del “caos” y el “anti caos”; un audaz cuestionamiento de la singularidad de la ciencia, el papel de las matemáticas y las ciencias formales; y por último una fuerte tendencia antipositivista que se expresa en la superación de los paradigmas positivistas en filosofía de la ciencia, así como en nuestro modo de concebir la relación del hombre con el mundo.

Visto el tema del conflicto desde una perspectiva compleja, debemos prestar atención a la contraposición implícita en el debate funcionalismoæmarxismo entre las nociones de orden, desorden y conflicto. Si en el marxismo la noción de orden es cercana y casi idéntica a la de ley, en el funcionalismo se identifican orden y consenso. De ahí que el debate entre ambas posiciones no pudiera aportar por sí mismo una visión integradora, por el contrario, tendió a la contraposición entre el conflicto y el consenso como opuestos absolutos. En realidad son elementos integrantes de un proceso único donde la interacción entre ambos es parte, y no totalidad.

Segundo, las visiones que se han aportado desde la ciencia política occidental a fines del siglo XX han tratado de comprender el conflicto desde una óptica supuestamente civilizatoria, capaz de superar los enfoques clasistas, siendo ellas mismas profundamente clasistas. El caso de Huntington, es significativo pues muestra con mayor claridad como la idea de la historia como proceso, que ha sido criticada como un vicio moderno del marxismo, toma cuerpo nuevamente, ahora de forma solapada tras una conceptualización “civilizatoria”. La dialéctica compleja de la historia como confluencia de procesos, como devenir de fenómenos emergentes queda todavía en la sombra.

La historia no es un proceso clasista ni tampoco civilizatorio; lo histórico es el resultado de la confluencia de múltiples procesos simultáneos y variados donde existen jerarquías, pero éstas no sólo no son inamovibles en sus lugares

de poder y dominio; también son variables en el sentido de la emergencia implícita. Lo histórico es el resultado emergente de la confluencia de procesos desordenados y ordenados donde el orden no está preestablecido; es emergente. Aquí se reitera el valor heurístico, entre otras, de la idea de Marx sobre la determinación social entendida únicamente como relación de última instancia.

Al referirnos al conflicto, es necesario pensarlo en términos de la dialéctica singular de lo social como desorden ordenado, o si lo prefieren orden desorganizado. Esto no es simplemente la constatación de un hecho, o un juego de palabras. Hay consideraciones epistemológicas que las ciencias sociales acostumbra a olvidar de modo sustantivo y deben estimarse. Me refiero a la representación social del otro.

Los conflictos de todo signo, incluidos los armados, tienen en su base cierto modo esencial de consideración de la alteridad. Esto puede comprobarse con mayor precisión si analizamos el conflicto en su sentido histórico más amplio: el que incluye a la naturaleza.

En sus relaciones con otros hombres y sociedades, así como también con la naturaleza, el hombre representa al otro a partir de una idea común aceptada y extendida sobre el mundo. Aunque parezca una paradoja increíble la idea del mundo que porta la inmensa mayoría de la población mundial, —el hombre común de nuestras sociedades occidentales—, es en su mayor parte todavía moderna y tiene que ver con conceptos obsoletos de simplicidad y complejidad.

Podemos aclarar mejor esta idea si la relacionamos con el problema del espacio y el tiempo.

Gracias al avance de la física y las teorías de la relatividad sabemos que espacio y tiempo forman parte indisoluble de la trama del mundo, están unidos en cada cosa como constitutivos de ella. No existen espacio y tiempo absolutos fuera de las cosas. Esto quiere decir que hay distintos espacios y distintos tiempos, y que ellos de conjunto determinan las diversas manifestaciones del mundo. Quiere decir, que hay un espacio-tiempo biológico, otro social, etc.

Pensemos en un ejemplo simple: Desde que se introdujo el cultivo del café con fines mercantiles en tierras americanas desde la colonización, la planta ha cambiado poco; sin embargo, cuánto ha cambiado el hombre que se ha organizado socialmente en torno a ella, las luchas de los agricultores, la economía de las sociedades, las dependencias, las formas de vida. Este es un ejemplo trivial pero muy claro de las diferencias entre tiempo biológico y tiempo social.

No obstante, en nuestra vida cotidiana seguimos entendiendo el espacio y tiempo del modo en que lo hacía la física clásica, y suponemos que las cosas ocupan un lugar en el espacio como si el espacio fuera un apartamento de alquiler, y que el tiempo transcurre el mismo para todas las cosas como si existiera un reloj universal para medirlo todo. Esta idea funciona perfectamente, y no tiene grandes consecuencias que olvidemos la realidad del espacio-tiempo en nuestra vida cotidiana.

Con las ideas de lo simple y lo complejo ocurre algo semejante. Seguimos considerando el mundo simple y comprensible, y nuestras acciones cognoscitivas como todopoderosas. Pero hay una gran diferencia entre la cuestión del espacio tiempo y la de la simplicidad y complejidad. Mantener la noción moderna de la simplicidad del mundo nos hace actuar cada día en relación con el entorno, como depredadores del ambiente totalmente irresponsables. Pero en relación con nosotros mismos a lo interno de la sociedad, nos hace actuar como fuerza autodestructiva que vive en conflicto degenerativo progresivo.

Varios presupuestos epistemológicos que el hombre asume hoy acriticamente como verdades inamovibles están en la base de una idea equivocada del mundo. Ellos condicionan en lo profundo de su constitución espiritual las actitudes materiales depredadoras del hombre, incluida la violencia. Pueden resumirse, a nuestro juicio, en lo siguiente:

1. La delimitación absoluta del sujeto y el objeto del conocimiento que es un legado de la modernidad y condiciona la percepción social de la relación del hombre y su entorno como extremos opuestos de modo absoluto. El otro forma parte del entorno y es por tanto opuesto absoluto.

Esta contraposición condujo a la elaboración de una idea simplificada del mundo natural como entidad opuesta, pasiva y simple, fácil de entender y reproducir por el hombre. La simplificación conceptual de este modelo ha impedido que el hombre capte la riqueza de las interacciones naturales, y ha posibilitado su empobrecimiento valorativo al considerar la naturaleza sólo a partir de algunas de las interacciones humanas con ella. Lo mismo ha ocurrido con la historia. El empobrecimiento valorativo conduce a la representación del otro como extremo opuesto que puede ser aprehendido sólo en una relación de dominio y subordinación. La violencia es una de las vías para lograrlo.

2. La justificación epistemológica de la verdad científica y la ciencia como saber exacto y objetivo se realizó desde el siglo XVII sobre la base de la exclusión de la subjetividad y la contraposición absoluta del sujeto y el objeto. Con ello se consideró al hombre poseedor de un saber capaz de garantizarle el dominio sobre los procesos naturales, idea que está en la base de las tecnologías depredadoras del entorno natural.

Es decir, la destrucción y empobrecimiento material del entorno natural por el hombre tiene como antecedente epistemológico que le sirve de base, la destrucción de la integralidad natural y su empobrecimiento en las teorías científicas. En este empobrecimiento del mundo se basa la idea del dominio del hombre sobre la naturaleza. Por su parte la idea del dominio social que justifica finalmente incluso la violencia, incluye como elemento epistémico de partida la desobjetivación del otro, quien convertido en objeto puede ser entonces considerado apto para apropiarse de él por cualquier modo y cualquier vía. El nexo aquí con la violencia y las formas de aceptación humana de la esclavitud, el racismo y la discriminación es fundamental.

3. La superación del empobrecimiento del mundo por el sujeto exige el reconocimiento del carácter participativo de la realidad. El mundo del hombre es un mundo artificial donde está incorporada la naturaleza. La consideración del carácter participativo de la realidad permite entender lo humano y lo natural como totalidad. Esto posibilita de una parte, considerar la superación del problema del entorno como problema del hombre; y de otra comprender

que no habrá alternativa a la violencia en la historia humana mientras no se estime al otro dentro de un amplio contexto participativo. La realidad no es objetiva, es participativa. Como construcción artificial humana colectiva incluye al otro. La exclusión degenera inevitablemente en violencia.

4. Reconocer el carácter participativo de la realidad indica que el conocimiento es valor y su objetividad incluye lo valorativo. Ciencia y moral forman parte indisoluble de la objetividad del saber humano en la realidad participativa donde se integran.

La realidad de lo valorativo en el conocimiento no es un atributo externo proveniente de la sociedad y los requerimientos sociales. Emanada de las bases de la ciencia y forma parte del conocimiento como construcción social. Los valores son constitutivos de la actividad y por tanto de la estructura de la ciencia y su producto: el conocimiento científico no es un supervalor absoluto; es un valor y como tal ha de ser sometido al escrutinio social y cultural. El conocimiento de las ciencias sociales no es una excepción. La conceptualización del conflicto y la violencia ha de considerar los valores involucrados no sólo como definitorios del otro, sino como parte del entramado social y cognitivo.

5. La comprensión por el hombre de la artificialidad de su relación con el mundo, es un paso decisivo en la superación de las barreras culturales que perpetúan los conflictos y la violencia en la sociedad actual. Entre ellas la idea de la legitimidad absoluta del conocimiento, su independencia con respecto de los valores humanos, y la legitimidad del conocimiento objetivo para garantizar el dominio del hombre sobre el otro, trátase de la naturaleza como en el caso del problema ambiental, o de los otros seres humanos, en los contextos sociales de dominio, conflicto y violencia.

Cada una de estas nociones epistemológicas erróneas ha tenido su manifestación especial y matices propios en la teoría económica, la política y la ideología. Entre ellas, a modo de síntesis podemos relacionar:

- 1) El sobredimensionamiento del valor económico en la economía política de todo signo, y consecuentemente en el modo de pensar del hombre contem-

poráneo. El conflicto humano con el entorno natural no puede ser resuelto sin que el hombre cambie los patrones de construcción económica y desarrollo que ha seguido desde la industrialización en el siglo XIX. El daño ambiental se consume en los entornos económico sociales como realización de la idea del dominio del hombre sobre la naturaleza y también sobre otros entornos sociales que deberían ser asimilados y desaparecer. ¿Puede acaso superarse el problema de la violencia sin una consideración profunda de este sobredimensionamiento del valor económico que subyuga incluso el valor de la vida?;

- 2) La extensión de la idea del dominio y la exclusión al terreno de la política ha devenido instrumentación ideológica, política y espiritual general de la dominación de unos pueblos sobre otros. La intolerancia cultural a la diversidad de los entornos humanos es una manifestación social concreta del daño ambiental ocasionado por el hombre histórico a sí mismo. Esta intolerancia ha incluido el sometimiento político y la implantación de sistemas de economía que vulneran la diversidad humana. El empobrecimiento del entorno natural y social ha sido uno de los resultados finales de esta tendencia histórica. La consideración del conflicto y la violencia como parte indisoluble de lo social es otro de estos resultados.; y
- 3) En el plano ideológico la idea dominante de que existe un modelo único o preferible de desarrollo que todas las sociedades deberían seguir, idea que ha conducido a la justificación espiritual del exterminio de unos pueblos por otros. Según está lógica hay pueblos y modos de desarrollo humano que no deberíamos existir. La violencia contra estos otros que somos, parece estar así epistemológicamente justificada.

Visto el tema desde esta perspectiva filosófica general problemas tan aparentemente alejados como los conflictos sociales y el deterioro ambiental se nos presentan bajo un rostro único.

El cambio en nuestra idea equivocada del mundo y el otro ha de ser un punto de partida sólido, a partir del cual el hombre de hoy podría iniciar el camino hacia horizontes sociales donde sea posible superar la degeneración de los conflictos en la violencia cotidiana de nuestros días.